

activos y mas eficaces para establecer las bases del único sólido y verdadero que puede existir. Se toma por modelo á una república cuyo sistema elogian los liberales hasta el fastidio, y se procede de una manera del todo opuesta á lo que allí se ejecuta. Esto pone en transparencia á los hombres que de esa manera obran. No, no es el progreso de los pueblos el que les sirve de guia al dictar providencias tan opuestas á los intereses de estos; lo que, sí, les instiga son esas preocupaciones miserables que les arrastran á obrar contra la conciencia pública, contra la voluntad de la nacion y contra el bien de sus mismos gobernados. Viles instrumentos, en esos casos, los que gobiernan de pasiones propias y ajenas, excitan contra sí la indignacion universal, siendo esta misma el castigo bien merecido de su proceder. ¡Vergüenza para el magistrado que tuerce de ese modo la senda que le marca la justicia! ¡Baldon para el hombre público que así vende los intereses de los pueblos que representa!



#### CAPÍTULO XXXIV

Situacion política. — Trastorno completo de ideas. — Guerra social. — El territorio de la república cruzado por montoneras. — Hecho curioso. — Desquiciamiento general. — ¿Cuál será el porvenir de Méjico. — Conclusion.

Vamos á dar la última ojeada sobre el desventurado Méjico, vamos á indicar aunque sea sumariamente las consecuencias amargas que produjo esa serie de hechos repugnantes los unos y monstruosos los otros que hemos mencionado ya y con los que los supuestos defensores de la libertad y del progreso del pueblo ponian á prueba la fortaleza incontrastable de la Iglesia católica. Un escritor eminente ha dicho: « Nadie pudo deprimir á mansalva la fe del pueblo, » y ningun Estado de América palpa con tanta evidencia esa verdad como Méjico. Su situacion política es un perenne choque tan encarnizado como violento de la anarquía con un poder débil y falto de recursos para contener sus excesos. Desde Chiapas hasta Tejas y desde Veracruz hasta Acapulco, toda la república presenta el mismo tristísimo espectáculo, es-

pectáculo de guerra fratricida, de desolacion, de miseria, de ignorancia y de atraso. Parece que la república ha retrogrado tres siglos y que sus pueblos han vuelto á la época á que puso término la espada de los españoles.

Diríase que las ideas han sufrido allí un trastorno completo, pues ya nada inspira respeto. La prensa que vomita sin cesar las opiniones mas desorganizadoras é inmorales; los clubs que se agitan discutiendo las doctrinas del socialismo; las logias secretas que tienden lazos al poder público y trabajan por mantener la sociedad en anarquía y confusion; la division de los ciudadanos en mil partidos que representan distintas ideas, distintas opiniones y distintos intereses, la fe debilitada en una gran parte del pueblo á consecuencia de la guerra obstinada que se hace á sus dogmas, á su disciplina y á su sacerdocio; todo esto presenta el cuadro mas doloroso para quien observa desde léjos, y la situacion mas amarga é intolerable para el que sufre de cerca sus efectos.

Dos gobiernos, uno en frente de otro, se desafían mutuamente, ambos disponen de los caudales públicos, ambos dan leyes en oposicion las unas á las otras, ambos tienen ejércitos que se hacen la guerra, devastan los pueblos y son el azote de la moral y de la industria. En el seno de esos gobiernos se fraguan conspiraciones cada dia, no importa á sus autores los peligros que por todas partes amenazan á la patria, ni les importa tampoco los ejércitos que tienen al frente y que apoyan las sublevaciones de los pueblos contra la autoridad, sino que, al contrario, hacen todavía mas crítica esa situacion fraccionando la misma division. La guerra civil se prolonga, y no es

por cierto una guerra de partidos, no, sino una guerra social, en la que el hombre religioso se ve precisado á empuñar las armas para combatir por su fe, por sus templos y sus sacerdotes; guerra social en la que el hombre honrado combate por su hogar y su familia; por su honor y sus garantías; guerra social, repetimos, en la que el propietario defiende sus intereses atacados por bandidos que hacen suyo lo que otros adquirieron con el sudor de su frente. Horrorizan á la verdad hechos de tal naturaleza que vemos realizarse en una nacion cristiana y en medio de una república que, cuando alzaba el grito de independencia y de libertad, parecia animada de esos sentimientos de abnegacion y de justicia que forman el espíritu verdaderamente republicano. Mas esto que presenciamos todos podrá añadir una prueba mas á las infinitas que ya existen y demuestran la evidencia de esta triste verdad: que el hombre no obra en muchas ocasiones movido por convicciones justas, sino por pasiones innobles, y que los gritos mas entusiastas salidos de su pecho suelen nacer, no de la rectitud de principios, sino de la vehemencia de sus afectos. En este caso se encontraban los mejicanos que, conculcando todas las antiguas leyes y violando las tradiciones de muchos siglos, trastornaron el orden respetado por los pueblos, que al separarse de su antigua metrópoli querían conservar intacta la fe, la Iglesia y los códigos civiles que recibieron de aquella.

Asombra ciertamente ver esa lucha que en casi todas las secciones hispano-americanas sostienen unos pocos hombres osados contra la multitud de los ciudadanos.

Estos quieren mantener su religion, quieren instituciones que les den paz, aseguren su propiedad y conserven sus antiguas costumbres, mientras aquellos combaten con audacia todos esos objetos venerandos para el hombre que ama su fe, su patria y su familia. Abuso constante de los principios del sistema representativo, envidia al mérito personal, prodigalidad de las rentas del Estado, constituciones políticas que favorecen las malas pasiones, individuos sin educacion, sin conocimientos y sin los demas dotes necesarios al hombre de gobierno llamados á tomar parte en la administracion de los negocios públicos, todos estos elementos de mal se han visto agitarse simultáneamente en la lucha. El pueblo pide respeto para la ley, garantías para los ciudadanos é inviolabilidad para las propiedades, y sus modernos regeneradores contestan convirtiendo las leyes en sarcasmo, encerrando en calabozos á hombres distinguidos, arrebatando las propiedades del clero y las que los particulares dejaron al morir en beneficio de los indigentes.

Por todas partes se organizan partidas de hombres armados que cruzan por los caminos, atacan á los viajeros, talan los campos, imponen contribuciones á los pueblos y arruinan la agricultura. Para transitar de un lugar á otro, cada uno toma medidas de seguridad, como si al frente tuviese un enemigo formidable que combatir; nadie se atreve á llevar consigo dinero ni halajas de algun valor, y todos al emprender un viaje tienen casi seguridad de caer en manos de quienes los han de despojar de cuanto llevan consigo, y que les quitarán tambien la vida si oponen resistencia de algun género.

Un hecho curioso y que ha pasado por mí mismo dará á conocer hasta dónde llega lo triste de esa situacion. Acababa de llegar á Veracruz y un agente de policia se presentó en el hotel para cobrar « el derecho de seguridad personal » de mí y de mis compañeros de viaje. « ¿Por qué motivo sé paga este derecho? preguntó el señor Portales al guarda. — Por la fuerza que el gobierno mantiene, respondió este, para que los viajeros no sean maltratados por los ladrones. — Y si nosotros hubiéramos sido robados como lo fueron los pasajeros que hicieron el viaje un día ántes que nosotros, ¿deberíamos tambien pagar este derecho? — Indudablemente, porque la fuerza que el gobierno mantiene en los caminos es muy poca; con las revueltas que aumentan cada día se hace difícil guardar aquellos como se debe... » Fué, pues, necesario pagar el impuesto de seguridad personal. En Beirouth, en Damasco, en Esmirna y en Jerusalem celebré yo contratos con cabos de beduinos que se obligaron á acompañarme, mediante una cantidad dada, por la Siria, el Asia Menor y la Palestina; al efecto, firmaron sus documentos en el consulado frances, haciéndose ante este responsables de mi vida; mas en Méjico, sin mediar tal contrato, se cobraba un derecho semejante, y notaremos que el viajero, despues de tratar con el beduino, puede marchar seguro de no ser incomodado, y que en Méjico paga á veces su contribucion, despues de haber sido despojado por ladrones tan terribles ó mas que los beduinos.

Hechos como este prueban un desquiciamiento general, una agonía dolorosa, si puedo explicarme de esta

manera, que aflige á la república mejicana. Porque, cuando vemos á la autoridad sin prestigio, á los magistrados despojados del respeto que les da el poder que ejercen, al congreso invadido por hombres sin antecedentes y sin opinion, á los pueblos representados por diputados que hacen traicion á los sentimientos y á la conciencia de la mayoría inmensa de los ciudadanos, y, lo que es mas doloroso todavía, á la religion ajada y pisoteada por la autoridad misma á quien mas le importaba velar por su esplendor y dignidad, debemos convenir no solamente en que una inmensa desgracia oprime á la nacion donde se han desarrollado elementos tan funestos, sino que se encuentra aquella á los bordes de su ruina y en vispera de sucumbir bajo el peso de su infortunio.

No es difícil prever cuál será el porvenir de Méjico despues de conocer esos antecedentes. No expresaremos, sin embargo, nuestras convicciones á este respecto con nuestras propias palabras; preferimos repetir las de un mejicano ilustrado, circunspecto y versado en los negocios públicos de su pais: « Continuando el desorden en que vivimos, dice, el gobierno supremo perderá totalmente y muy pronto su autoridad en los Estados, y sus órdenes no serán obedecidas sino en la capital de la república. El resorte de la obediencia se relaja cada dia mas y los hombres se entienden ménos: el gobierno no contará con recursos ni para sus gastos mas precisos. En los Estados ni habrá voluntad ni será posible que contribuyan para cubrir el presupuesto general, porque, no teniendo para el suyo propio, considerarán hasta in-

sulto que se les pida en las circunstancias angustiosas en que necesariamente van á encontrarse. Y así como no se puede contar hoy ni con Chihuahua, ni con Durango, ni con Nuevo Leon, ni con Tamaulipas, ni con Sonora, ni con Sinaloa, se perderá toda esperanza de que los demas, victimas de su desorganizacion interior, puedan restaurar su hacienda y ser apoyo del gobierno existente en Méjico.

« Perdida la unidad del gobierno y en una escision completa la república, no se encontrará centro que pueda dar direccion á los sucesos interiores, ni representarla tampoco en sus relaciones exteriores. Conjurados los Estados unos contra otros, y los gobiernos locales empeñados en sostenerse con proscripciones, con destierros y con venganzas, llegarán á hacer tan odiosa la autoridad pública, que se temerá mas á esta que á los que la combaten. La miseria y la anarquía juntas inventarán las mas absurdas combinaciones políticas, y léjos de pensar con sensatez en los momentos de mayor peligro, no hemos de buscar sino en los resentimientos y ambiciones personales el término de nuestras desgracias. Dictaduras militares proclamarán unos; coaliciones ó repúblicas independientes querrán otros; las masas armadas pedirán y harán efectiva la comunidad de bienes, y nadie se acordará de proclamar la union y los buenos principios. Todo lo que sabemos de los Estados y de las escenas dolorosas que están presenciando, autorizan para presentar este cuadro.

« Otra clase de hombres ménos feroces que los bárbaros, pero con fuerzas bastantes tambien para sobr-

ponerse á la raza blanca, luego que desaparezca la influencia de la civilizaci3n, vendrán á establecerse en la parte central del pa3s que por su riqueza ya excita su codicia; y todos los Estados del interior tendrán la misma suerte que hoy tiene el sur de Méjico y Michoacan. Fácil como ha sido subordinarlos y mantenerlos en los sentimientos de órden y obediencia á la clase que han respetado, la idea tan baja que lleguen á formar de su capacidad y de sus recursos para defenderse, los alentará para buscar en la devastaci3n y el pillaje las ventajas puramente materiales que semejante estado de cosas puede proporcionarles. La voz del clero á que se apelará ent3nces, y la de la autoridad pública, serán sufocadas por el grito de las pasiones exacerbadas, y los propietarios de las fincas rústicas acabarán de emigrar para los lugares en que puedan librarse de estos desastres. El comercio y la agricultura quedarán arruinados completamente, como en los Estados fronterizos; los malhechores recorrerán los caminos y entrarán sin resistencia en las poblaciones, y la comunicaci3n interior del pa3s, tan peligrosa ya, será del todo imposible. Veremos reproducida la guerra de Yucatan, y las dificultades para sufocarla serán tanto mayores, cuanto es mas extenso el territorio que tiene que defenderse, y mas funestas las influencias que han de dominar en ese trastorno general.

« Y para que nada falte ni á nuestro infortunio ni á nuestra ignominia, y cuando, destrozados por la anarquía, no creamos posible establecer ningun gobierno ni sostenerlo para que nos defienda, llamaremos á nuestros vecinos, y quizá no tendremos de ellos sino esta res-

puesta: « No, á los Estados Unidos no les conviene todavía Méjico: acabe primero su obra de destrucci3n, y nosotros, sin ser responsables ni parecer agresores, lo ocuparemos despues en nombre del progreso y de la libertad. No formando sociedad con la raza española, nos entenderemos con la indígena, y la exterminaremos como en las Floridas, ó veremos si es posible acomodarla á otro sistema de esclavitud, destinándola á los climas ménos sanos y á los trabajos mas rudos de la agricultura. Ent3nces poseeremos la tierra envidiada del mundo, y haremos ver á este que nuestros proyectos sobre Tejas y California fueron benéficos, y que la ocupaci3n de todo el pa3s es un suceso que debe satisfacer á todos los pueblos civilizados. »

« Y consumaremos la obra, y perderemos para siempre este Méjico, y nuestras casas, nuestros campos y nuestros templos recibirán la gente ménos leal y tambien ménos culta de todos los pa3ses, y nuestro nombre, léjos de excitar compasi3n, se vendrá á confundir con el de los pueblos mas envilecidos y degradados. Nuestros padres los españoles lamentarán siempre que la que fué « Nueva España » deje de pertenecer á los hijos de su raza é inferirán de esta desgracia que no mereciamos la independencia, y que la guerra que sostuvieron para mantener su dominaci3n, fué tan legítima como conveniente á las naciones que no han deseado ni desean el engrandecimiento de los Estados Unidos. Los gobiernos europeos verán realizados sus temores, confesarán que éramos incorregibles y procurarán al fin satisfacer con otros habitantes las necesidades de la industria, del comercio

y del exceso de poblacion. No habrá escritor ni historia que nos haga justicia, y el poder y la ambicion de la república anglo-americana, léjos de disculparnos, solo servirán para reagrar los cargos que se nos hacen por haber consumido nuestras fuerzas y nuestros recursos contra nosotros mismos. Y dispersa esta sociedad, rotos los vínculos de religion, de costumbres y hasta de familia, objeto de odio á los demas Estados de la América del Sur, porque les acercamos enemigos tan peligrosos, y sin poder vivir, ni en la patria en que nacimos, ni en el suelo extranjero que nos desprecia, nos veremos obligados á ocultar ó á avergonzarnos de nuestro origen, y buscar en este envilecimiento un título para enlazar y establecer nuestros hijos, sacrificándolo todo y produciendo un cambio asombroso que recordará siempre, para ejemplo de otros pueblos, los bienes que nos destinaba la Providencia y el castigo que hemos merecido (1). »

Nada necesitamos añadir á este cuadro extremadamente sombrío cuanto exacto, que revela el porvenir que preparan á Méjico los extravíos de sus hijos.

(1) *Porvenir de Méjico, ó Juicio sobre su estado político en 1851*, por el S. D. Luis G. Cuevas, miembro del senado.



## CAPÍTULO XXXV

La mano de la Providencia sobre Centro-América. — Mirada retrospectiva. — Los hombres apostólicos. — Las Casas; rasgos maravillosos de su celo ardiente. — Leyes de la Iglesia que apoyaban su proceder infatigable. — Los procuradores de indios obtenidos por sus constantes reclamaciones. — Propagacion rápida del Evangelio. — Guatemala y Chiapas; primeros obispos erigidos en aquella parte del Nuevo Mundo. — Fervor de los convertidos. — Los ermitaños.

Las naciones como los individuos han recibido una mision que llenar sobre la tierra, y jamas la Providencia aparece tan admirable como cuando los hace servir á ese objeto, sin que lo comprendan ni lo sientan. Las revoluciones que sacuden á los pueblos con violencia, que los impulsan, los mecen y trastornan como paja movida por el viento, son ordinariamente los ejecutores de las órdenes de Aquel que mira la tierra y la conmueve, toca los montes y humean. ¡Incomprensibles caminos los de la Providencia! Ese hombre que abusando de la libertad que recibió del Criador se abalanza furioso contra las leyes, contra la justicia y contra los magistrados, procurando trastornar el curso que Dios señaló á sus